La Posibilidad de la Esperanza

Siembra la Posibilidad

Los Griego
abril de 1618
San Juan de los Caballeros, Nuevo México

Juan Jr. mira hacia el sol que ya desciende por el horizonte. Observa cómo su padre termina de preparar la última zanja donde plantarán las semillas de este año. Su padre se levanta, mira a su alrededor y luego silba, como hace cuando quiere reunir a todos. Juan Jr. ha sido parte de este ritual anual desde hace muchos años, por lo que sabe lo que viene.

Preparar el terreno y sembrar las semillas se ha convertido en una de sus épocas favoritas del año. Con los árboles comenzando a ponerse verdes nuevamente y el dulce olor de las flores silvestres en el aire, la primavera le parece como si fuera un nuevo comienzo. La posibilidad de lo que pronto se brotará por todas partes.

Su familia se une a él y, como por acuerdo previo, se posicionan según su edad y posición en el hogar. Primero está su madre, María, quien es la más cercana a su padre, luego él mismo, como hermano mayor, seguido por su hermana, Sara, y finalmente su hermano pequeño, José. Extienden sus manos mientras Juan padre pone con cuidado varias semillas en las manos de cada una.

Juan hijo siempre ha comparado esto con tomar la comunión en la iglesia. A sus 20 años, ha asistido a una buena cantidad de servicios religiosos. Si bien no está completamente convencido de todas las enseñanzas, lo ve como una oportunidad para que él y el resto de su familia estén con otros más que se hayan asentado en la zona. Considera todas las veces que ha orado por cosas, particularmente en lo que se refiere a este ritual por el que están pasando ahora mismo. Tiene dudas sobre si las oraciones influyen o no en el resultado, pero continúa haciéndolo, ya que no ha conocido otra manera desde que tiene uso de razón. Además, sabe por experiencia que si no se siembra la semilla la planta no crecerá. Considera que tal vez esto también pueda suceder con las oraciones, por lo que continúa recitándolas a pesar de sus dudas subyacentes.

Tanto su madre como su padre son católicos devotos al igual que el resto de los colonos españoles en el valle. La religión, quizás más que cualquier otra cosa, los une a través de todas las dificultades que se les atraviesan. Poco después de su nacimiento, su familia se dirigió hacia el norte desde Santa Bárbara hasta el Valle del Río Grande, donde ahora viven. No conoce toda la historia de primera mano, pero ha crecido con las historias contadas una y otra vez. Si bien sus principales dificultades a lo largo de los años han

tenido que ver principalmente con el clima y los elementos, también ha habido incursiones aisladas a lo largo de los años, particularmente de los Apaches y los Navajos. En general, su relación con los indios Pueblo de la zona ha sido positiva. Sin embargo, siente que hay mucho resentimiento por su presencia en lo que han sido tierras tribales desde mucho antes de que llegaran allí.

Los sacerdotes y misioneros católicos están decididos a convertir a los indios bárbaros en cristianos temerosos de Dios, pero incluso con su insistencia, muchos de los ellos continúan adorando a sus antiguos dioses y valorando su relación con esta tierra, como lo han hecho desde hace mucho antes de la llegada de los colonos españoles. Por supuesto, mucho bien ha venido con el conocimiento adquirido, pero también han llegado muchas cosas malas a las vidas de los indios.

Ha habido rumores de abusos, violaciones y saqueos por parte de los conquistadores españoles a lo largo de los años. Son de esas cosas que la mayoría de la gente imagina que sean ciertas, pero de las que prefiere no hablar, sobre todo porque sigue siendo una fuente de fricción entre las tribus indígenas y los colonos españoles. El otro problema importante que azota a los indígenas han sido las enfermedades que trajeron consigo los colonos españoles, contra las cuales los indios no tienen inmunidad. En su mayor parte, y como una especie de compromiso, los indios Pueblo han establecido sus asentamientos en determinadas zonas estratégicas acordadas por los españoles, con el entendimiento tácito de que ninguno de los bandos molestaría al otro, pero no siempre es así, particularmente en lo que respecta a su conversión al catolicismo.

Los ataques de las tribus nómadas son una historia completamente diferente y representan una amenaza constante. Pero ahora, Juancito —como se le conoce—, siente caer en sus manos las semillas que le entrega su padre y contempla la fresca tarde de finales de primavera. Es difícil para él siquiera imaginar cómo todas estas cosas que ha oído pueden ser ciertas. Toma una profunda bocanada de aire fresco. Aunque está físicamente agotado por todo el trabajo de los últimos días, al mismo tiempo está entusiasmado por la satisfacción de ver el resultado de sus esfuerzos.

Si bien todos ayudan en las granjas comunales, donde se cultiva gran parte de los alimentos para todo el pueblo, cada familia también tiene una parcela de tierra con la que pueden hacer lo que quieran. La mayoría utiliza sus parcelas individuales para cultivar hortalizas frescas y muchos han plantado huertos alrededor de sus casas. La abundante agua del río crea un oasis en un entorno que de otro modo sería árido.

Esta zona en particular, fue descubierta por primera vez mientras se dirigían hacia el norte con la expedición de Juan Oñate del 1598. Su familia, junto con otras, se establecieron aquí y permanecieron juntas para protegerse. Desde entonces, algunas familias se han trasladado al sur, a Santa Fe, mientras ellos se han quedado en el mismo lugar. Juancito ha escuchado historias sobre cómo eran sus vidas antes de migrar, pero esta es la única realidad que ha conocido.

Cuando su hermano menor tiene las semillas en sus manos, pregunta:

“¿Qué vamos a sembrar por aquí este año, padre?”

Saben que es común que su padre elija algo nuevo para plantar en esta hilera en particular, que insiste en preparar él mismo, mientras que la mayor parte del resto del cultivo de la tierra y la siembra lo deja a sus hijos.

“Este año conseguí unos guisantes que, según dicen, han crecido bien en esta zona, así que veremos cómo nos va con ellos”.

Cada uno de ellos se coloca a lo largo de la tierra recién removida. Todos lo miran y cuando él asiente levemente, esparcen las semillas en la pequeña zanja frente a ellos, inclinándose después, cubriendo cuidadosamente las semillas con tierra. Terminan su ritual de siembra con una oración por una cosecha abundante y luego caminan hacia su casa de adobe.

“Pensé que nunca terminarían”, dice la abuela Lorenza, cuando llegan allí, levantándose de su silla en la terraza, donde ha estado mirando. “Tengo un guiso de cordero maravilloso que debería estar listo. Lo preparé con último del maíz del año pasado, unas papas y unas cebollas”.

Todos entran y se sitúan alrededor de una mesa que sirve como mueble principal de su pequeña pero confortable vivienda. A pesar de su avanzada edad, Lorenza ayuda a llevar la comida a la mesa desde el fogón donde se ha estado manteniendo caliente. Junto con la ayuda de los demás, tienen todo listo en poco tiempo.

Juan padre se sitúa en la cabecera de la mesa y espera a que todos lleguen a sus respectivos lugares, cada uno detrás de su silla, como es costumbre antes de comer. Saca su silla y se sienta, y el resto hace lo mismo. Sentados a su derecha están su esposa, María y su hijo menor, José. Sara se sienta directamente frente a su padre. La abuela Lorenza y Juancito están a su izquierda.

Mientras se instalan, Juancito considera cómo se ha dado esta dinámica a lo largo de los años. Nunca puede recordarlos sentados de otra manera y a veces se pregunta si el mundo dejaría de girar, si por una vez pudieran sentarse de otra manera. Se ríe audiblemente y sacude la cabeza, pensando en su pensamiento incrédulo.

“¿Qué es tan gracioso, hijo?”, le pregunta Juan padre.

“Solo estaba pensando. No creo que alguna vez nos hayamos sentado de otra manera que como estamos ahora. Siempre está mamá a su derecha y la abuela Lorenza a su izquierda”.

“Qué te pasa, Juancito, no te gusta sentarte a mi lado”, le pregunta su abuela, dándole golpecitos en el costado mientras lo hace y riéndose a carcajadas de su propio chiste.

“No, no es eso Abuela, es solo que a veces nos acostumbramos tanto a las cosas que ni siquiera consideramos cambiarlas. Nos sentimos tan cómodos haciendo ciertas cosas, de cierta manera, que ni siquiera pensamos en otras posibilidades”.

“Qué otras posibilidades”, pregunta Sara, curiosa por saber hacia dónde lo lleva la línea de pensamiento de su hermano.

“Por ejemplo, siempre hemos vivido aquí en este valle, y es un valle bonito. Pero ¿y si hubiera uno aún mejor en otro lugar? ¿Qué pasa si nos sentimos tan cómodos aquí que ni siquiera nos importa mirar más allá de lo que ya sabemos? ¿Qué pasaría si hubiera otros lugares donde nuestros cultivos pudieran crecer aún mejor y nuestros animales pudieran pastar aún mejor? ¿Qué pasa si ese lugar está justo al final de esta misma valle? ¿Qué pasa si simplemente porque tenemos demasiado miedo de probar algo nuevo, lo perdemos, incluso si está justo delante de nuestras narices?”

“Bueno, no sabía que te ibas a poner tan filosófico, hijo, cuando te pregunté de qué te reías, pero supongo que es un punto válido”.

“Muchos han explorado el Norte y dicen que este sigue siendo el mejor lugar de la zona”, responde su madre. Luego, tras considerarlo más a fondo, añade: “Además, estando solos en el medio de la nada, ¿cómo podríamos protegernos de los ataques indios? Al menos aquí, con otros alrededor, podemos cuidarnos unos a otros”.

“No estoy diciendo que el lugar donde estamos no sea agradable, y seguramente habrá desafíos sin importar dónde decidamos vivir”, responde Juancito, moviéndose ligeramente en su asiento mientras lo hace. “Lo único que digo es que no siempre hay que hacer las cosas de la misma manera. Me parece que muchos inventos han surgido cambiando la forma habitual en que los hacemos”.

Por experiencia han aprendido que cuando llega la hora de comer, es Juan padre quien decide cuándo es el momento de empezar y cuándo es el momento de terminar. No es raro que quiera hablar con su familia antes de dar las gracias y comenzar la comida. Juancito a veces imagina que su padre piensa todo el día exactamente qué dirá antes de la hora de comer y a quién. Su padre y su madre han trabajado duro para animar a sus hijos y hablar por sí mismos. Como ocurre con todos los niños, han tenido distintos éxitos, siendo José, el menor, el menos expresivo de los tres. Por otro lado, tanto Juancito como Sara han aprendido a ser muy vocales, por lo que este intercambio de ideas entre ellos no es nada fuera de lo común.

“Entonces, ¿qué propondrías, hijo?” Viene la inevitable pregunta de su padre.

“Bueno, ¿y si sólo por hoy cambiamos un poco las cosas?” Responde Juancito, después de pensarlo un momento.

Su padre lo mira cuestionablemente, particularmente a la luz de la importancia de este día para todos ellos, pero asiente para que continúe con su pensamiento.

“¿Qué tal si todos nos movemos un lugar a la derecha, sólo para la cena de hoy?” Luego, mirando a su abuela, añade: “De esa manera seguiré estando a su lado, Abuelita”.

“Seguro, ¿por qué no?” responde su padre, dispuesto a aceptar lo que sugiere su hijo.

Todos se levantan y avanzan un lugar hacia la derecha, sentándose de nuevo. Esto coloca a la abuela Lorenza a la cabecera de la mesa. Juancito, ahora mira a su padre, mientras Sarah mira a su madre, y José mira a su abuela desde el otro extremo de la mesa.

Aunque es un pequeño cambio, todos lo sienten diferente. Juancito se siente orgulloso de sí mismo por haber hecho la sugerencia y todos los demás parecen disfrutar del ligero ajuste. Juan padre le pide a José que dé las gracias por la comida, lo cual hace. Al terminar se sirven ellos mismos y empiezan a comer.

Durante el transcurso de la comida, su padre le pregunta a Juancito cómo se le ocurrió la idea de cambiar de lugar, a lo que él responde que ha estado pensando en ello desde el último servicio religioso al que asistieron. La idea principal del sermón fue que a menudo podemos ver las cosas bajo una luz diferente si cambiamos nuestra perspectiva. Explica además que normalmente su padre, sentándose en la cabecera de la mesa, es quien dirige la conversación. Al cambiar un lugar a la derecha, ahora pueden darle a su abuela ese lugar de honor y tal vez darle la oportunidad de hablar sobre lo que tenga en mente.

Su padre acepta esta sugerencia adicional, y durante la mayor parte de la comida su abuela habla de los viejos tiempos, pero principalmente del viaje que los llevó al norte, desde Zacatecas, justo después del nacimiento de Juancito. Ella relata cómo su determinación y resistencia fueron puestas a prueba hasta el límite y recuerda cuántas personas no llegaron al final del viaje por diversas razones diferentes pereciendo en el camino.

Terminan de comer y recogen la mesa. Juan padre toma una botella de vino que ha estado guardando para la ocasión y la coloca en medio de la mesa. Al principio, varios de ellos no saben dónde sentarse. Les indica que deben permanecer en las mismas posiciones que estaban durante la comida, con la abuela Lorenza todavía en la cabecera de la mesa. Él llena todas las copas de vino y Sara, curiosa por naturaleza, le pregunta a su abuela sobre su vida antes de venir a la Nueva España.

Lorenza ha envejecido bien, pero nadie sabe su edad exacta, porque siempre se muestra evasiva cuando se saca el tema. Todos la imaginan entre 60 y 70 años, aunque la realidad es que está cerca de cumplir 82 años. Tiene algunos fallos de memoria a corto plazo y, a menudo, busca cosas que “acaba de tener en la mano”, pero su memoria a largo plazo es sorprendentemente buena. Es capaz de recordar detalles minuciosos sobre muchas cosas que sucedieron hace años.

La abuela considera la pregunta de su nieta y está a punto de dar la respuesta estándar sobre su tiempo viviendo en España, desde que tiene uso de razón, pero mira detenidamente a cada uno de ellos antes de hacerlo. Juancito, aunque le llaman “Pequeño Juan” y todavía tiene algunos rasgos de niño, se ha vuelto fuerte y ancho de hombros con su trabajo. Ya es más alto y fornido que su padre. Sara se ha convertido en una jovencita madura y preciosa y José va poco a poco más seguro de sí mismo a medida que va creciendo.

Lorenza mira a Juan padre mientras se prepara para contar una historia que no olvidarán pronto. Ella sabe por experiencia que su hijo podría sentirse aliviado por lo que va a decirles o enojado por haber sacado el tema.

“Creo que antes de continuar necesito un poco más vino”, dice la abuela Lorenza.

Todos se sorprenden cuando agarra su vaso, toma la totalidad de su trago, alcanza la botella frente a Juan padre y luego vuelve a llenar su vaso antes de colocar la botella frente a ella. Todos la miran asombrados. Han visto a su abuela beber vino antes, pero nunca la han visto beberse un vaso entero de una vez. Todos se inclinan ligeramente hacia adelante en sus sillas con anticipación, sintiendo que algo importante está por suceder, excepto Juan padre, quien se mueve ligeramente hacia atrás en su silla, imaginando correctamente, en parte, lo que está por contar.

La abuela Lorenza responde a la pregunta de Sara contándoles una historia que los lleva de regreso a España, antes de que cruzaran el océano hacia Nueva España, y a una época de la que ninguno de ellos tiene conocimiento de primera mano. Juan padre tiene una idea de lo que su madre va a decir, pero ni siquiera él sabe el alcance de lo que ella está a punto de revelar.

“Si recuerdan, su tío Lucas, fue el primero en venir a la Nueva España. Después vinimos su abuelo Pedro y yo, junto con su papá”, dice mientras mira a cada uno de sus tres nietos. “Lo que quizás no sepan son todas las circunstancias particulares relacionadas con nuestro viaje”.

Continúa explicando cuidadosamente que su “tío” Lucas es en realidad el padre biológico de Juan, y que ella y su esposo son sus tíos. Cuando Lucas partió hacia la nueva tierra, ellos asumieron la responsabilidad de cuidar al joven Juan, que en ese momento aún era muy pequeño. Le aseguraron a Lucas que se unirían a él lo antes posible, después de que se estableciera en la nueva tierra. Ella les explica sus problemas para salir de España, teniendo a Juan como sobrino, y cómo obtuvieron un documento que indicaba que era su hijo. Luego les cuenta brevemente sobre el viaje en sí. Tanto Juan padre como María son plenamente conscientes de todo lo que ella dice, por lo que principalmente observan las reacciones de sus hijos ante lo que les dice su abuela.

Todos se lo toman todo con calma, sin reacciones adversas. Juancito comenta sobre el parecido físico de su padre con su tío Lucas, quien murió hace varios años, y Sara asiente levemente mientras considera lo que les está diciendo su abuela. Sorprendentemente, José, que normalmente es el más callado del grupo, es el único que pregunta algo. Tiene curiosidad por saber por qué la abuela Lorenza les cuenta esto ahora.

Sin responderle directamente a su nieto, Lorenza mira a Juan padre y le pregunta si debe explicarle qué pasó cuando se enteró de su verdadera relación con Lucas, o si su hijo prefiere contar la historia. Decide que debería ser él quien exprese cómo se sintió.

Juan padre se inclina hacia adelante y comienza a transmitir la ira que sintió hacia Lucas cuando descubrió lo sucedido por primera vez. Sin entrar en cada detalle, les hace

saber que estaba muy decepcionado con todos ellos por no decirle la verdad desde el principio. Luego continúa explicando cómo finalmente llegó a perdonar a Lucas. Esta historia es algo nuevo para sus hijos.

Él sigue explicando cómo el único hombre al que alguna vez ha considerado ser su padre, y también al que a ellos se conocen como el abuelo Pedro, fue quien lo instó a perdonar a Lucas y aceptarlo en su vida a pesar de lo sucedido. Después de que termina su historia, todos guardan silencio por un momento mientras asimilan todo lo que han aprendido.

Todos saben que poco después de que Juan padre y María se fueran al norte con Juancito y Lucas, su abuelo Pedro murió, por lo que su ayuda para reparar la relación entre su hijo y Lucas es particularmente significativa en el gran alcance de las cosas. Finalmente es Sara quien rompe el silencio:

"Pero se alegra de haberlo perdonado finalmente, ¿verdad padre?"

Él responde que sí, se alegra de que hayan podido hacer las paces y explica con más detalle cómo se desarrolló su relación después saber lo acontecido.

Cuando termina de hablar, la abuela Lorenza vacía lo que queda en su copa, y para sorpresa una vez más de todos, que nunca antes la habían visto servirse vino de esa manera, llena su copa una vez más y la deja frente a ella deliberadamente. levantando la mirada y diciendo: "Hay más que deben saber".

Ahora son Juan padre y María quienes miran inquisitivamente a Lorenza, quien toma otro trago de su vino, ahora sorbiéndolo despacio, en lugar de beberlo por completo.

"Creo que es hora de que sepas de tu madre, Juan, creo que nunca te hemos dado demasiados detalles sobre ella", le dice a su hijo. Ella está evidentemente avergonzada por su confesión, mirándose las manos, antes de levantar la mirada una vez más para encontrarse con la de él.

Juan padre se rasca la cabeza, haciendo todo lo posible por recordar lo que sabe sobre ella, que no es mucho. "Por lo que recuerdo, ella murió joven, poco antes de que Lucas llegara a la nueva tierra, pero no recuerdo cómo murió, ¿creo que tal vez por algún tipo de enfermedad que se llevó a muchos en ese momento?"

"Sí, así es, Juan, y eso es lo que te hicimos creer". Lorenza toma otro sorbo de vino y se llena de valor para lo que está a punto de decirle a su hijo por primera vez. "Realmente no sé cómo suavizar esto, pero la verdad del asunto es que ella fue quemada en la hoguera, como hereje y como bruja".

Todos están estupefactos, cada uno mirando a la abuela Lorenza, preguntándose si en algún momento ella podría sonreír y decir que todo es una broma, pero ella sigue seria. Juan parece confundido al principio y luego enojado.

"Lamento, hijo, decirte que te engañamos sobre tu madre y cómo murió".

José le pregunta a su abuela una vez más por qué les cuenta su abuela esto a todos ahora, después de tantos años. Les explica que ella no se está haciendo más joven y que los secretos tienden a pudrirse, como una herida en un lugar oscuro y sin aire. Una vez que salen al aire, tienden a desaparecer o curarse.

"Aunque no tengo ninguna razón para creer que alguien alguna vez les diría esto a ustedes, sí creo que es importante que todos sepan la verdad sobre quién era ella y qué representaba". Lorenza mira alrededor de la mesa. Toma la mano de su hijo, que está a su derecha, y la mano de Juancito, que está a su izquierda. El resto hace lo mismo espontáneamente, por lo que todos están tomados de la mano alrededor de la mesa, mientras ella continúa hablando. "He pensado muchas veces en contar todo esto, pero nunca pude encontrar el momento ni el lugar adecuado para hacerlo. Supongo que la idea de Juancito de cambiar las cosas y pasarme a la cabecera de la mesa me dio el coraje y la oportunidad de hablarles sobre este difícil tema. Si bien espero vivir muchos años más, el hecho es que no sé cuántos. Todos vivimos por la gracia de Dios, por lo que nunca estamos seguros de cuánto tiempo nos queda a cada uno de nosotros".

"¿Podría contarnos más sobre nuestra abuela de sangre?" Sara está particularmente interesada en saber más sobre ella.

"Sí, te diré todo lo que quieras saber, pero primero quiero que sepas que, aunque no soy tu madre de sangre", dice mirando a Juan, ahora con lágrimas en los ojos, "o su abuela de sangre", dice mirando a quienes la han conocido como tal, toda su vida, "me siento muy parte de ustedes y..."

Las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas y le resulta difícil seguir hablando. Siente que una intensa emoción se acumula dentro de ella. Es una combinación de miedo y ansiedad que se brota desde su interior. Cuando ven llorar a su abuela, el resto también comienzan a llorar. Se levantan de donde están sentados y la rodean, abrazándola para mostrarle lo mucho que ella significa para ellos.

"Es solo que..." se limpia las lágrimas de la mejilla y luego continúa: "No sé qué haría sin todos ustedes. Son mi vida y no puedo expresar lo terrible que me siento por no haberles contado esto antes. Desde que nació Sara, he sentido una molestia, algo en el fondo de mi ser que me decía que debía decirles la verdad, pero nunca pude encontrar el momento adecuado ni el coraje para hacerlo".

Ella los mira en su alrededor y les agradece por preocuparse tanto por ella. Luego los insta a sentarse nuevamente, lo cual hacen. Ahora, mirando directamente a su nieta, dice:

"Sara, no tienes idea de cuánto me recuerdas a ella. Conocí a la esposa de Lucas cuando ella tenía más o menos tu edad, antes de que se casaran. Si bien su cabello era más oscuro que el tuyo y sus rasgos faciales eran un poco diferentes, hay algo en tus gestos y en la forma en que te comportas que es muy similar".

Lorenza se embarca en una historia que habla del amor de su hermano Lucas por esta fascinante mujer llamada María Isabel de García, dos años mayor que él. Desde que la vio

por primera vez, le dijo que algún día la convertiría en su esposa. Al principio, ella pensó que él estaba bromeando y lo descartó como si fuera un enamoramiento de un niño. Pero él cumplió su palabra, y cuando ya se hubo establecido en su negocio, le pidió la mano en matrimonio y ella aceptó. Poco más de un año después de casarse, nació Juan. Fue por esta época cuando ella empezó a invitar a varias mujeres a tomar café por la tarde una o dos veces por semana.

Por ser desagradable y entrometida, una de las mujeres que asistía a las reuniones fue rechazada por el grupo y dejaron de invitarla más. Enfurecida por sus acciones, convenció a su marido para que hablara con las autoridades, alegando que las reuniones eran subversivas y tenían que ver con brujería.

Lorenza había asistido a algunas de las reuniones, y no eran nada de eso, más bien era un grupo de apoyo, donde las mujeres que asistían proporcionaban una red en la que podían confiar en un momento de necesidad. Algunas de las mujeres habían sido golpeadas físicamente por sus maridos, mientras que otras habían sido golpeadas emocionalmente por la vida en general. Algunas incluso habían considerado quitarse la vida debido a sus dificultades.

La mujer que fue rechazada del grupo fue expulsada porque estaba hablando con otras personas sobre ciertas cosas que debían ser privadas. Independientemente del bien que el grupo estaba haciendo a muchas de las mujeres que asistieron, ella continuó su campaña para destruir a su abuela, etiquetándola de hechicera, bruja y hereje. Lo cierto es que María Isabel era la católica más devota de todas y utilizaba muchas de las anécdotas que leía de la Biblia para tratar de ayudar a quienes asistían a sus reuniones semanales.

Continúa su relato explicando cómo un día llegaron las autoridades y se llevaron a María Isabel. No volvieron a verla hasta el día que fue juzgada, condenada y quemada en la hoguera en un espectáculo público, todo en muy poco tiempo.

Después de que Lorenza termina de hablar, todos se quedan en silencio por un momento, cada uno de ellos absorbiendo la información que acaban de recibir sobre alguien de quien antes no sabían nada. Con cada uno de ellos todavía sumido en sus pensamientos, Lorenza continúa:

“A veces nunca parece ser el momento adecuado para hacer ciertas cosas, pero si hay algo que he aprendido en la vida es que ahora es el único momento que realmente tenemos. Recuerdo haber vivido esta época tan terrible con mi cuñada y mi hermano. En ese momento, parecía que envolvía nuestra existencia. No importa a dónde miráramos, la dura realidad de lo que le sucedió fue un recordatorio constante de una mancha empañada en nuestra familia”.

“¿Fue este el motivo por el que decidieron salir de España?” pregunta Sara, avanzando en su asiento, ansiosa por saber más.

“En gran parte, sí, esa fue la razón. Todo lo que pasó fue particularmente difícil para Lucas. Después, nadie quiso contratarlo por miedo a ser asociado con su esposa, y la

mayoría de sus amigos también le dieron la espalda. Fue un momento muy difícil para mi hermano y para toda nuestra familia. Aunque nos afectó, no tanto como a él. Por eso, desde el momento de este incidente, Juan", le dice dirigiendo su mirada, "has sido nuestro hijo, y aunque no eres mi hijo natural, eres el mejor hijo que podría esperar".

Juan padre tiene los ojos llorosos, al igual que los demás en la mesa, al escuchar a su abuela expresar su amor por él, y al mismo tiempo revelar un secreto que los sorprende y todavía están procesando.

"Siempre será mi madre", le dice su hijo, tomándole las manos entre las suyas. "Ahora entiendo mejor las circunstancias completas de lo que aconteció y probablemente habría hecho exactamente lo mismo que usted y mi padre hicieron".

Se queda en silencio, ahogado por la emoción, y tarda varios momentos antes de recuperar la voz. "Madre, usted más que nadie sabe lo herido que me sentí cuando descubrí que Lucas era mi padre".

Lorenza recuerda muy bien lo angustiado que quedó Juan con el descubrimiento, recordando en su mente cada detalle de cómo reaccionó y lo que pasó después. Ella cierra ligeramente los ojos y afirma que, sí, recuerda muy bien cómo reaccionó.

"Aunque en ese momento pensé que era el fin del mundo. Como ya os habéis enterado", continúa dirigiéndose ahora a sus hijos, "comencé a hablar de nuevo con mi padre biológico, Lucas, justo antes de mudarnos al norte. De hecho, fue el mismo día que naciste tú, hijo", dice dirigiéndose a Juancito. "Estoy contento de haberlo hecho. Puede que Lucas no haya sido un ángel, pero el pequeño demonio dentro de él nos mantuvo a todos adivinando qué iba a hacer". Sonríe con el recuerdo y sigue: "Era todo un personaje y con el tiempo llegué a conocerlo mejor y me siento muy afortunado de haber podido hacerlo. Si hubiera sido por mí, nunca habría vuelto a hablar con él y hubiera sido una lástima. Por esto tengo que agradecerle a mi padre Pedro." Luego con una leve sonrisa, dice: "Lo mejor es que terminé con dos 'padres' en el trato después de que todo estuvo dicho y hecho".

Cuando termina de hablar su hijo, Lorenza dice: "En gran parte, es por eso que les digo esto a todos ustedes ahora mismo." Respira hondo y se sienta lo más erguida que puede en su silla. "Siéntense orgulloso de quiénes son, sin importar lo que les pase en la vida. Todos tenemos secretos. Algunos son insignificantes, mientras que otros pueden ser bastante oscuros, como el que acabo de mencionar."

Lorenza sentada a la cabecera de la mesa parece darles más peso y significado a sus palabras. Cada uno de ellos recuerda cosas diferentes sobre ella, pero con una característica predominante. Siempre ha creído en la esperanza del futuro. Al acudirse alguno de ellos a ella con algún tipo de dificultad, ella siempre ha estado dispuesta a escucharlos, y generalmente lo hace sin interrumpirlos. Cuando terminan de contarle lo que tenían en mente, ella normalmente avanza, les pone la mano en el hombro y les dice que hoy será olvidado cuando salga el sol mañana, trayendo esperanza de un día mejor.

Fiel a su estilo, dice: “Mientras los observaba a todos ustedes trabajar en el campo hoy, pensé en la esperanza que trae cada nueva semilla que plantamos. A veces sale como lo planeamos, otras no. Pero si no plantamos primero la semilla, no surgirá nada de ella”.

Cada uno de ellos está en su propio mundo. Juan padre está pensando en lo que acaba de descubrir sobre su madre biológica. Juancito está pensando en las semillas que acaban de sembrar para la cosecha de este año. Sara se pregunta acerca de sus similitudes con su abuela paterna recién encontrada. José está pensando en su propio sentimiento de duda de sí mismo, que a menudo predomina en sus pensamientos, mientras que María está preocupada por cómo reaccionará su marido al descubrir que su madre biológica fue quemada en la hoguera por ser bruja.

“Las dificultades vendrán y se irán”, dice la abuela Lorenza tras una breve pausa. “Eso es parte de la vida y no hay nada que podamos hacer al respecto. Sé que siempre piensan que estoy loca al decir que el hoy será borrado por la esperanza de mañana, pero esa es la única verdad que tenemos en la vida. Una vez que perdemos la esperanza, lo perdemos todo. Incluso en los peores momentos con María Isabel, nunca perdimos la esperanza.

“La esperanza es lo que impulsó a Lucas a venir a esta nueva tierra hace tantos años que ahora parece un sueño lejano. La esperanza es lo que nos dio a mi esposo Pedro y a mí el coraje de seguirlo hasta aquí contigo, hijo”, dice, mirando a Juan padre, sabiendo que probablemente debería haberle contado hace mucho tiempo lo que acaba de revelar. Sin embargo, nunca pareció tan importante como lo es ahora en este momento. Se siente aliviada, sabiendo de alguna manera que esta conversación es más importante para sus nietos que incluso para su hijo o su nuera.

“Superarás esto, Juan”, le dice Lorenza a su hijo, con voz firme y fuerte, “y te convertirás en una mejor persona una vez que te des cuenta de todas las implicaciones”. Luego, volviéndose hacia sus nietos, añade: “Para cada uno de ustedes, lo que más quiero es que recuerden que no importa cuán oscura pueda parecer la vida veces, mientras sigan plantando buenas semillas, siempre hay esperanza para un mundo mejor para el mañana."

Destruye la Esperanza

Los McKee
agosto de 1618
Condado Antrim, Irlanda

Samuel viene sobre la cima de la colina y se siente aliviado al ver que su escondite secreto parece ser intacto. Se acerca a la entrada que está disfrazada en la ladera. Silba un conjunto único de tonos, que suena muy parecido a un pájaro local, y en poco tiempo, un silbato similar viene en respuesta. Mira cuidadosamente a su alrededor. Aunque se aseguró de que nadie lo siguiera, sabe que cualquiera podría estar escondido en los arbustos o detrás de un árbol, por lo que lentamente verifica toda el área.

Este es un ejercicio que ha enseñado a su familia durante años. Les ha advertido que nunca entraran en este lugar seguro sin primero asegurarse de que no haya nadie curioso acechando en las sombras. Cuando está satisfecho que nadie está cerca, ata su caballo en la sombra de un árbol al otro lado del arroyo, y luego camina rápidamente hacia la entrada, saltando sobre el riachuelo en el camino. Mueve una palanca que diseñó para mover una gran roca un poco, lo que le permite espacio suficiente para entrar a través de una pequeña grieta que conduce a una cueva natural que Samuel descubrió hace años con sus hermanos. Desde el exterior parece no haber acceso, pero una vez dentro, se abre en un espacio bastante grande, que ha acomodado a lo largo de los años para este propósito.

En el interior saluda a su esposa y a sus hijos que afortunadamente son sanos y salvos. Él ya sabe que los ingleses lo han identificado como uno de los principales agitadores creando problemas, dificultando la vida de ellos y los colonos escoceses que se han mudado al área para poblar la plantación del Ulster en los últimos años. Si bien la mayoría en el área ya ha sucumbido a los deseos del rey de Inglaterra, Samuel junto con varios otros prefieren mantener sus formas gaélicas que han sido entretejidas en su espíritu durante siglos en esta misma área.

Samuel ha sido uno de los más vocales en su oposición de Inglaterra que quiere convertir a los irlandeses en su forma de vida, particularmente en lo que se refiere a su fe religiosa. Además, ve que lo que ofrecen es poco más que una licencia para robar tierras que han pertenecido a sus antepasados desde que cualquiera puede recordar. Su esposa, Lydia, a menudo le dice que solo está buscando problemas y que todos tendrán que pagar por sus indiscreciones. Aunque probablemente tenga razón, él no puede evitar luchar por lo que cree que es legítimamente suyo.

Por ley gaélica, tienen derecho a cultivar la tierra que habitan. En verdad, la tierra Samuel y su familia ocupan ha estado en su familia por poco tiempo. Llegó como resultado del heroísmo de su padre, el capitán Hugh McKee, hace unos 20 años. Hugh O'Neill, uno de los miembros más poderosos de los clanes cumplió con su palabra a la familia del

capitán McKee, otorgándoles este terreno después de que el capitán McKee se murió en la Batalla del Vado Amarillo, matando al archienemigo de O'Neill en el proceso.

Sin embargo, desde que O'Neill huyó del país hace años, la esperanza de que los irlandeses repelan los ingleses parece ser inútil, ya que están llegando lentamente a cada rincón y grieta de Irlanda. En protesta, Samuel, junto con otros en la zona, dedica su tiempo libre para hacer que la vida sea miserable para los nuevos colonos. Pero él también sabe que es solo cuestión de tiempo hasta que todos sean expulsados de sus tierras. Incluso antes de que Hugh O'Neill dejara el país, la mayoría de las tenencias del hombre ese hombre poderoso y adinerado ya habían sido transferidos a la corona de Inglaterra. Tal como están las cosas, es un milagro menor que Samuel y su familia hayan podido aferrarse a sus hogares y su terreno por tanto tiempo.

Le pregunta a su esposa sobre los detalles sobre cómo salieron de su casa para llegar a la cueva. Ella explica que desde temprano esa mañana habían visto las hogueras en la distancia y sabían que tenían que llegar a su lugar seguro. Reunieron sus cosas y se dirigieron a la cueva, asegurándose de que nadie las viera, tal como Samuel les había instruido. Habían estado allí desde entonces.

Samuel los reúne a todos en un abrazo grupal. Él le pregunta a cada uno de ellos cómo se siente. Como es típico, su hijo menor, William, es el que habla primero. “Hubieras estado orgulloso de nosotros papá, no hicimos ningún sonido, y cuando los escuchamos afuera más tarde, gritando y haciendo un escándalo, ni siquiera respiramos”.

Samuel le sonríe a su hijo y pasa su mano por su cabeza revolviendo su cabello. Aunque solo tiene ocho años, hasta ahora, ha sido el más precoz de sus tres hijos. Samuel Jr., el mayor de sus hijos con doce años, está más reservado, dándose más a la contemplación que a la expresión. No dice nada, en cambio, simplemente se encoge de hombros y asiente con la cabeza en afirmación. Su hija, Ruth, que es solo un año más joven que su hermano mayor, es muy observadora sin que la pasen mucho. En vez de responder, pregunta: “Papi, hay sangre en tu camisa, ¿estás herido?”

Él mira hacia su camisa y ve dónde está ensangrentado. “No cariño, estoy bien. Estaba tratando de ayudar a John O ’Reilly, quien recibió una paliza de los ingleses cuando lo consiguieron. Llegué allí después de que ya se habían ido. No estoy seguro de si va a vivir. Fue golpeado bastante por ellos”.

Samuel mira a su esposa, Lydia. Aunque obviamente está conmocionada, sus ojos muestran resolución y determinación. Después de darle un gran abrazo y un beso, mientras sus hijos se acercan como pueden, ella le pregunta: “¿Qué quieres que hagamos, Samuel?”

“Quédense aquí hasta que logre asegurar que no haya peligro.” Su voz es firme y claro, asegurándoles que todo se va a resolver.

Samuel los abraza a todos con fuerza una vez más, y luego sale de la cueva, mirando a su alrededor, como es su costumbre. Después de regresar a su caballo, sube lentamente

por el arroyo. Da la vuelta por una curva, y cuando se acerca a su hogar, el olor a madera ardiente llena sus fosas nasales. Como esperaba, ve que sus cultivos han sido arruinados y su hogar ha sido quemado. Todo lo que queda es la chimenea de piedra en el medio de la estructura.

Mira el camino de la destrucción, y aunque no tiene ninguna razón para esperar menos basado en los últimos pronunciamientos recibidos de la Corona, antes de hoy tenía un rayo de esperanza de que tal vez fueran solo amenazas vacías. Los ingleses dejaron en claro las consecuencias para aquellos involucrados en atacar los nuevos asentamientos. En el centro de su ser, Samuel siente que la ira que tiene se acumula gradualmente dentro de él antes de finalmente salir en un grito de angustia. Jura que, si es lo último que hace, hará que los bastardos paguen por lo que han hecho.

La casa se puede reconstruir en el mismo lugar o en otro, pero la posibilidad de no poder volver a vivir aquí y la humillación de que les tomen sus tierras es más dolorosa. Sabiendo que no hay nada más que pueda hacer en el momento para salvar cualquier cosa que no haya sido destruida, toma el camino que conduce a las casas de sus hermanos y su madre para asegurarse de que estén a salvo.

Piensa en cómo comenzó el día. Desde la noche anterior, estaba en un condado vecino y, como de costumbre, causando problemas. Escucharon que una caravana de varias familias se dirigía a uno de los asentamientos más nuevos, por lo que Samuel y sus cohortes decidieron darles un mensaje. Justo cuando el sol comenzó a desaparecer en el horizonte, se acercaron, amenazándolos y tomando algunos de sus suministros. Luego desaparecieron en el bosque, solo para regresar y volver a hacerlo poco tiempo después.

Después de terminar su juego, durmieron un par de horas y luego comenzaron a regresar a casa, todavía en la oscuridad de la noche. A medida que la luz del día se rompió, vieron las primeras hogueras. Desde que Samuel pueda recordar, esta ha sido su forma de comunicarse entre sí. Sabía por el tamaño de las hogueras y sus ubicaciones, que este mensaje era claro: los ingleses venían. La proclamación del rey James dijo que las personas tenían que aceptar sus términos o arriesgarse a que se destruyeran sus propiedades para dar paso a los demás leales a la Corona.

Todos sabían que este día probablemente llegaría, simplemente no sabían cuándo. Cuando Samuel y su grupo llegaron al lugar de John O 'Reilly, sabían que este era el día en que temían. La suya fue la primera de muchas casas que vieron quemadas hasta los cimientos. Los cultivos y todo lo demás también fue destruido en el proceso. Desafortunadamente, los ingleses llegaron a O'Reilly antes de que pudiera escapar e hicieron un espectáculo de él. Mientras llevaban a cabo sus órdenes, ataron a John a un poste, haciendo que él y su familia vigilaran mientras hicieron las suyas. Después, le dieron una paliza mientras él todavía estaba atado, deteniéndose solo cuando su esposa pudo liberarse y ponerse entre su esposo y los golpes. Afortunadamente, los ingleses no habían causado ningún daño físico a la familia de John, pero por la mirada en sus ojos, Samuel estaba seguro de que las cicatrices emocionales de lo que habían presenciado durarían bastante tiempo.

John en realidad se iba a unir a Samuel y a los demás en su expedición nocturna la noche anterior, pero al final no se fue porque no se sentía bien. Samuel consoló a la esposa de John tanto como pudo. Ella estaba destrozada por lo que había ocurrido, pero incluso en su mal estado, tenía los medios para advertir a Samuel que también lo estaban buscando a él y a los demás. Ella dijo que los ingleses habían nombrado a cada uno de los que estaban en el pequeño grupo de Samuel, junto con otros, diciendo que eran los siguientes en la lista. Ella temía por su seguridad, especialmente después de ver lo que le hicieron a su esposo.

A pesar del deseo de Samuel de ir y asegurarse de que su propia familia estuviera a salvo, sabía que, si se encontraba con los soldados ingleses, pondría en riesgo no solo su vida, sino también la vida de los demás con él. Además, estaba seguro de que su esposa habría visto las hogueras y habría tomado las medidas apropiadas.

Juntos y desde la distancia, Samuel y su grupo se movieron con cautela, después de la estela de la destrucción que los ingleses crearon, observando desde lejos. Sabían que estaban superados en número de hombres y en armas. No había manera de poder evitar que cumplieran sus órdenes.

Los soldados llegaron a la propiedad de Samuel temprano en la tarde. Desde una colina lejana, Samuel observó mientras decimaron todo lo que ellos habían construido. Verlo era una de las cosas más difíciles que había tenido que experimentar, pero no tenía otra opción. Solo podía mirar, como ya había hecho con otros en su grupo, mientras observaban que sus lugares pasaban por lo mismo. Samuel sabía que hoy era una causa perdida, pero que volverían otro día para vengar las atrocidades que presenciaron.

A juzgar por la cantidad de humo y de donde provenía en ese momento, Samuel imaginaba que las casas de sus hermanos y hermana también habían sido destruidas. A medida que avanza hacia ellos, se confirman sus peores temores. Los ingleses dieron desperdicio a todo, quemando a cada estructura y desarraigando los cultivos, además de destruir cualquier otra cosa en su camino.

Su madre ve a Samuel y comienza a caminar hacia él. Cuando se alcanzan, él desmonta, la toma en sus brazos y le dice: “Lo siento mamá, sé que todo esto es mi culpa. Nunca pensé que harían que todos sufrieran las consecuencias de lo que he estado haciendo”.

Su madre lo amonestó, diciéndole que todos le habían advertido una y otra vez que esto era exactamente lo que iba a pasar, pero él se había negado a escuchar. Cuando llegaron los ingleses, se les ordenó salir de sus casas, y luego se les indicaron que observaran mientras llevaban a cabo su misión. Samuel le pregunta cómo le ha ido al resto de la comunidad.

Similar a su propio caso, las casas de aquellos que se conocen por participar activamente en las redadas, junto con las de sus miembros cercanos de la familia, han sido devastadas. Por otro lado, los que habían aceptado la imposición de la Corona se salvaron.

Antes de volver a buscar a su familia, Samuel les pide a sus dos hermanos, su hermana y su madre que se le acercaran. Sus respectivos cónyuges, así como sus sobrinos, están en la periferia. Mientras habla, gira lentamente, hablando con cada uno de ellos a su vez:

"Sé que todo esto sucedió por mí y por lo que he estado haciendo. En este momento, no estoy seguro de cómo lo haré, pero de alguna manera, buscaré una solución por lo que ha pasado. Lamento mucho que todo haya llegado a esto. Debo seguir mi corazón y me dice que me oponga a los ingleses a toda costa. No podemos dejarlos hacer lo que quieran".

Aunque sus hermanos John y Andrew son mayores, al igual que su hermana Sarah, todos saben que Samuel ha sido el más proactivo para que ellos permanecieran en la propiedad. Los demás se han contentado con cultivar la tierra que se les dio y a criar a sus familias lo mejor que puedan. Mientras tanto, Samuel ha hecho lo mismo y mucho más.

Desde la primera vez que llegaron los ingleses, dándoles aviso que necesitarían desocupar y mudarse a una de las plantaciones cercanas, fue Samuel quien se puso de pie y dijo que no tenían razón para irse, y que deberían luchar por sus derechos.

Fue Samuel quien fue a las reuniones secretas celebradas a altas horas de la noche para molestar a los ingleses y hacer todo lo posible para expulsarlos de las tierras que habían sido suyas durante cientos de años. Si no hubiera sido por sus esfuerzos, habrían tenido que irse hace mucho tiempo. Sin embargo, el peso de lo que ha sucedido a toda su familia se le cae sobre sus hombros.

Todos se dan cuenta de esto y, en lugar de culparlo por lo ocurrido, simplemente reconocen que ha hecho lo mejor que puede. Era inevitable que finalmente tuvieran que irse. Para que varios rebeldes aislados en el área hayan podido detener a los ingleses como lo han hecho es mucho, por lo que aceptan su destino. Sin embargo, les preocupa lo que ahora les sucederá.

Instintivamente recurren a Samuel para obtener dirección, y él no los decepciona. Él ya ha estado pensando en aquellas familias en el área que podrían estar dispuestos a ayudarles. Después de compartir sus pensamientos con ellos, regresa a donde dejó a su esposa e hijos.

Él pasa por la misma rutina de siempre, asegurándose de que nadie lo vea entrar en su escondite. Cuando está a punto de empujar la palanca y mover la roca, de repente se siente vencido por la emoción de todo el día. Comienza a llorar. Lydia lo escucha y va a la apertura, activando la palanca y llevándolo adentro.

Cada uno de los hijos de Samuel lo mira. Ninguno de ellos puede recordar haberlo visto llorar como lo está haciendo ahora. Instintivamente, todos van a él para consolarlo en su angustia. Su pecho se vuelve apretado, sus sollozos cortos y jadeados, como si estuviera tratando de meter más aire en los pulmones. Después de varios minutos, finalmente logra conciliar sus emociones. Los sollozos continúan saliendo de vez en

cuando mientras les dice lo que le ha sucedido tanto a su familia, como también a otros en el condado.

Samuel decide que sería mejor que ellos se queden dónde están por el resto de la noche. Están equipados para poder permanecer en la cueva durante varios días si es necesario. Si bien no absolutamente lo es, elige tomarse este tiempo para estar cerca de su familia, lo más importante para él.

Su estado de ánimo se balancea en las próximas horas viniendo en olas que lo abruman. Después de su dolor inicial, se calma y está agradecido, considerando que es una bendición de que nadie se murió, y afortunadamente todos tienen su salud. Después de que sus hijos duerman, él se queda hablando con Lydia. Sus emociones nuevamente se convierten en ira, sintiéndose indefenso al no haber podido hacer nada para evitar que los soldados ingleses hicieran lo suyo, destruyendo todo lo que habían construido con tanto esfuerzo. Finalmente, su ira se vuelve de nuevo en el dolor, y sus lágrimas una vez más fluyen. Su esposa lo consuela, instándolo a aferrarse a su fe en Dios, sabiendo que todo se resolverá a sí mismo, de una forma u otra.

La fe de Samuel ha sido fuerte y es una de las principales razones por las que él y otros se han opuesto a los ingleses. Además de querer que los irlandeses vivan según sus costumbres paganas, también son inflexibles en cuanto a que los irlandeses adopten la Iglesia de Inglaterra, lo que para ellos es un sacrilegio. Lydia cita varias historias bíblicas a Samuel, haciendo todo lo posible para levantar su ánimo y darle esperanza. Aunque él entiende su intención y aprecia lo que está tratando de hacer, cuando termina, él simplemente responde:

"Lo siento, Lydia, pero en este momento, no sé qué pensar. Sé que Dios debe existir, pero en este momento no parece estar prestando atención a nosotros, y si lo es, ¿cómo podría dejar que todo esto sucediera?”

Los Griego ~ 1618

Generación	Nombre	Amanecer ~ Atardecer	Pareja	Amanecer ~ Atardecer	Hijos
0	Samuel	(1518 ~ 1564)	Virginia de la Vega	(1520 ~ 1584)	Lorenza, Carlos, Lucas
I	Lucas / Lorenza	(1540 ~ 1614)	María Isabel de García	(1542 ~ 1566)	Juan
II	Juan	(1564 ~)	María Romero	(1576 ~)	Juan II, Sara, José
III	Juan II	(1598 ~)			

Los McKee ~ 1618

Generación	Nombre	Amanecer ~ Atardecer	Pareja	Amanecer ~ Atardecer	Hijos
I	Hugh	(1560 ~ 1598)	Mary MacDonnell	(1564 ~)	John, Sarah, Andrew, Samuel
II	Samuel	(1588 ~)	Lydia McVie	(1590 ~)	Samuel II, Ruth, William
III	William	(1610 ~)			